

El acto criminal: Un acto de lo Indecible, un acto de lo imposible

Todos creen,
y con desesperación, en el ser.
Pero como no se lo pueden apropiar,
buscan las razones de por qué se les escapa.

Nietzsche F [1].

Por Lenin Torres Antonio

Primera escena humana: la pulsión versus cultura

Nuestras acostumbradas visiones de la realidad, del mundo que queremos vivir, de deseo que se jacta de utilizar el saber para hacerse escuchar, para ser.

Nuestras acostumbradas maneras de dejar nuestra impronta de confusiones y de miedos, la inmensidad de impresiones que avasallan a nuestros tenues y limitados sentidos, que hace que nos agarremos hasta de la mentira o de la verdad privada de una escucha de sordos.

Así parece que el valor y el desprecio al cuerpo es la única manera de salir del embrollo de nuestra existencia. Aunque al final de cuenta no haya más destino que la transformación del cuerpo en polvo, en basura, en tierra pisada, hecha huella, donde renacerá algún día posterior, las nuevas instituciones ideales que harán que nos veamos otra vez diferentes y exclusivos, siempre con la ilusión de que podamos ser más que animales. A fin de cuentas, uno de los tantos rostros de la pulsión [2].

Nos resistimos a las verdades ásperas y toscas, a verdades que atenten contra nuestra vanagloria de animales del pensamiento, de la razón y de la polis.

Con frecuencia negamos esa naturaleza violenta, simple, predecible del hombre, por eso leemos frecuentemente que la violencia no es parte de la naturaleza humana, como reza en una entrevista,

[Al principio de los talleres, dice Cordero, los jóvenes hablan de pandillas y balaceras, como si hablaran de ir por un helado. Les parece algo absolutamente normal. Hacia el final de los talleres, ocho de cada 10 muchachos han aprendido que la violencia no es parte de la naturaleza] [3] (humana)

Cómo si la violencia, la conducta agresiva fuera contranatural al hombre, que fuera algo que podría ser excluido con facilidad, y que representara algo que le es impuesto.

Si tan sólo viéramos y leyéramos con detenimiento la historia del hombre, y pudiéramos comprobar que la historia del hombre, es la historia de sus violencias.

Si algo caracteriza a la naturaleza humana, sería su condición pulsional, agresiva y sexual.

La Cultura, La Ley ha tratado permanentemente de reprimir, y crearle un espíritu, un alma al hombre, que le dejara de atender a los reclamos del cuerpo, que le engañara y le dejase construir Su Mundo, por cierto, un mundo tan frágil como lo es su propia consciencia, efímera y petulante, la construcción del objeto por el sujeto, no por nada

Ese arte de la ficción llega a su cima en el ser humano: aquí el engaño, la adulación, la mentira y el fraude, las habladurías, la hipocresía, el vivir de lustres heredados, el enmascaramiento, el convencionalismo encubridor, el teatro ante los demás y ante uno mismo, en una palabra, el revoloteo incesante en torno a la llama de la vanidad es hasta tal punto la regla y la ley [4].

Que paradójico, habíamos venido pensando que era, ese ser alienado, que le llamamos paradigmáticamente “enajenado”, el criminal.

Pasamos desapercibido, que es, precisamente esa enajenación, la que nos salva y posibilita estar los unos frente a los otros, la que da sentido a nuestra humanidad, y que el problema del acto criminal tiene que ver, entre otras causas, con la exclusión de ese marco de represión, con ese no sujeto, ese no ser.

Agregaría que la historia del hombre es la historia no tan sólo de su violencia, sino de su ilusión, por eso, el “intelecto, como un medio para la conservación del individuo, desarrolla sus fuerzas capitales en la ficción” [5].

Una de las principales ficciones que se ha valido la cultura para domeñar la tendencia pulsional y agresiva del hombre ha sido la culpa, es así que el termino principal para entender la culpa, es el de interiorización, “introyección”, el proceso por el cual “el sujeto hace pasar, en forma fantaseada, del \diamond al \diamond objetos, y cualidades inherentes a estos objetos”[6], procesos descrito por la clínica psicoanalítica, pero que sorprendentemente, es similar a lo que Nietzsche describe como la vuelta hacia sí del instinto[7], que tiene como resultado un ser oprimido por la cultura, la interiorización de la norma moral, el “deber ser”, a partir de una deuda imaginaria e incommensurable con los antepasados, dioses, sociedad. No obstante, la pregunta, ¿Cómo puede hacer un ser humano tanto daño a otros?,

Pareciera ser una pregunta que sale sobrando. Que ya obtuvo una respuesta, tanto de Nietzsche como de Freud, y que pese a que podríamos volver a explicar una y otra vez que el hombre está preso de su naturaleza pulsional agresiva, salvaje, que el ser humano es cruel,

que goza con hacer sufrir, -homo homini lupus-, no obstante, una y otra vez se volvería a preguntar sorprendido, ante cualquier hecho violento que se presenciase: ¿cómo puede hacer un ser humano tanto daño a otro? Hay, por un lado, la reacción de no reconocernos en el violento, y raudos expresamos nuestra no familiaridad con él, levantamos los brazos al cielo, y pedimos que eso no vuelva ocurrir.

Cuando nos dicen que la culpa viene a constituir un dispositivo de domeñamiento, de administración de las mociones tanto sexuales como agresivas, utilizada por la cultura y la sociedad, esto nos lleva a pensar que habrá una relación de interdependencia entre la culpa y la violencia, así que a más culpa menos violencia. Lo que pasa es que en los tiempos actuales, hay menos culpa, y por eso se ha incrementado la violencia, así que lo que falta es hacer que el hombre tenga más culpa, así que hay que incrementar la culpa, busquemos que el hombre sea más culpable, esa es la solución.

No obstante, no será que la culpa nunca ha servido para tales fines, y a la mejor hasta puede ser cómplice de la pulsión, de lo irracional, de ese otro que no se sabe, o ha sido la cultura tan ingenua que pensó que realmente podría domesticar la tendencia agresiva, que era suficiente con crearle un alma, un intelecto, atrapar el impulso con un concepto, y ha fracasó.

El instinto sale cuando quiere, hay una astucia de la sinrazón, del instinto, y hasta podíamos decir que la pulsión enseñó a reflexionar a la reflexión, enseñó a pensar al pensar.

La teoría analítica nos lleva a la conclusión que no hay restitución de la falta, que no hay aniquilación de la pulsión, que sólo hay sustituciones y desplazamientos, metáforas y metonimias, que siempre hay cumplimiento parcial de deseo.

Así que la misma culpa es un cumplimiento de deseo [8].

Si esto último fuese cierto, que hay una argucia de la sinrazón, que incluso, se ha valido de la razón para hacerse escuchar, nos obligaría a volver a plantearnos, ni siquiera desde una deconstrucción, sino un partir de la nada, sobre el hombre, es decir, un comenzar a escribir sin comas ni acentos, sin puntos ni mayúsculas, sobre las cosas del llamado “hombre”, su “naturaleza”, su condición de ser existente.

Segunda escena humana: lo dicho y lo no dicho

Transcurso desde Lo Dicho, entendido como la significación realizada desde y en el lenguaje, la cual sostiene toda la estructura psíquica subjetivada, hasta el momento en que el marco simbólico, es decir, la escena del mundo desaparece para dar paso al acto criminal, el cual es visto como una des-subjetivación, un no ser, un sin sujeto.

La historia humana nos habla del tránsito de órdenes simbólicos mínimos que dan pie a la civilidad: entre los cuales están los modales de etiqueta y los modales del comer, si supiésemos que fueron estos, tan simples y familiares, los que constituyeron nuestros

primeros órdenes sociales, nuestras restricciones, esas pequeñas cosas olvidadas, marginadas, lo que constituye lo importante:

Lo que hasta ahora ha tomado en serio la humanidad no son ni siquiera realidades, sino simples productos de la imaginación, o, más exactamente, mentiras surgidas de los malos instintos de los seres enfermos y nocivos en su sentido más profundo. Me refiero a conceptos tales como: <>, <>, <>, <>, <>, <>, <> (...) con todo, se ha creído ver en ellos la grandeza, la <> del ser humano (...) se ha aprendido a despreciar las cosas <>, es decir, las cuestiones fundamentales de la propia vida [9].

Después, hablamos de nuestros vanagloriados máximos órdenes simbólicos: el Estado de Derecho, la conciencia moral, la polis, el lugar común de intelección, nuestro sentido de pertenencia; hasta llegar al fracaso violento, la caída ontogénica y la filogénica, la individual y la social: el acto criminal que elimina al sujeto, y la disolución social, que nos elimina.

Cuando se derrumba el sistema educativo, judicial o económico, cuando lo que proporciona el sistema social falla: lo simbólico que nos hace compartir un sentido, entonces, se sale a las calles, porque el otro social ha fallado. El mundo simbólico que nos protegía no responde, e incluso, nos ataca, y entonces esos ejes simbólicos e imaginarios, que esperamos que funcionaran eternamente, han fracasado, y entonces, demandamos respuestas, respuestas que nunca llegan.

El otro social cuando se muestra inestable, cuando ya no proporciona certeza humana, cuando no sostiene el supuesto saber que compartíamos como humano, y que de una u otra forma, representaba todo nuestro ser, ser que se confirma únicamente en el no ser; tiene que ver con el objeto “a”, que aparte de ser causa del deseo, es la noción epistémica que provoca el lazo social, es causa de lo social, por su naturaleza de falta, de sutura, de sutura de la falta.

Al enajenarse el deseo en más de un sujeto hace lazo social, pues une en una doble pérdida; sujetos escindidos, no es el lenguaje el elemento en común lo que posibilita el lazo social, es el objeto perdido que busca el sujeto (el uno) en el otro, y el otro en el uno (el sujeto).

Romper el silencio de la comunicación con el otro y dejar de recibir los propios deseos, sólo es posible en el nivel de la sutura que nos proporciona el objeto “a” en lo real del otro.

Lo único que une al sujeto barrado con otro desgraciadamente barrado, es la “a” minúscula. Por eso, el hombre se reconoce más a su congénere en la pérdida, en la derrota, en el vacío, en la confusión; que en la victoria. De esta suerte, la relación del sujeto con el otro no puede ser concebida sin lo barrado de ambos. Los dos se encuentran en falta, y esto posibilita pensar en el objeto “a” como “algo de lo cual el sujeto, para constituirse, se separó como órgano, vale como símbolo de la falta, es decir, del falo, no en tanto tal, sino en tanto hace falta. Por

lo tanto, ha de ser un objeto, en primer lugar, separable, en segundo lugar, que tenga alguna relación con la falta [10].

Esta pantalla que presentan los sujetos, quiere decir que ninguno de ellos posee el objeto “a”. Sin embargo, los une el anhelo de encontrarlo. Es por su ausencia que produce efectos y permite el lazo social desde el inconsciente.

Saber ausente, que posibilita la caída del marco simbólico social, el sistema mientras funcionaba nos provoca estabilidad, nos sostenía, ese otro simbólico se agota, lo que hacía lazo social fracasa, hay un pasaje del sujetos al no sujeto, desobjetivación de lo social, el encuentro con lo real que imposibilita el deslizamiento del símbolo, el concepto, llegando a imposibilitar la inscripción, y entonces, la muerte aparece tan exacta,

Porque no reposa sobre nada, porque carece hasta de la sombra misma de un argumento, es por lo que perseveramos en la vida. La muerte es demasiada exacta; todas las razones se encuentran de su lado [11].

Tercera escena humana: el pasaje al acto de lo individual y lo social

[El pasado 23 de febrero la señora Ofelia Parra Romero de 35 años de edad, tras discutir con su esposo, “en venganza”, “decidió matar a sus tres hijos”.

El día de los hechos, le dijo a su marido antes de que éste se fuera a jugar un partido de fútbol, “que se despidiera de sus hijos porque ya no los volvería a ver”, el padre pensó que era una broma, más tarde cuando llegó a su casa encontró a sus hijos degollados y a Ofelia herida en el cuello, quien había pretendido suicidarse] [12].

[Joven alemán que asesinó a 15 personas en un Colegio de Winnenden...anunció la masacre en un portal de internet pocas horas antes, dijo el ministro del Interior...

“Va a pasar algo gordo. Estoy harto de esta vida. Todos se ríen de mí. Nadie reconoce mi potencial. Tengo armas. Quedaros con el nombre de esta ciudad de Winnenden. Quizás sea mi final. Ya veréis. Mañana ya veréis.” Este fue el mensaje que Tim Kretschmer mandó el martes a un amigo a través del Chat, horas antes de asesinar a 15 personas.

Tim dijo que pese a todo estaba bromeando y el compañero le contestó con un “LOL”, que en la jerga por la red significa “me parto de risa”. Pero Tim cumplió con sus palabras.

Cuando el agresor dejó su antiguo colegio, se dio a la fuga en una alocada huida en la que mató a otra persona en una clínica, secuestró un automóvil y condujo 30 kilómetros hasta lograr esconderse en un concesionario de coches, donde mató a dos hombres a sangre fría.

Atrincherado, allí mantuvo un intenso intercambio de disparos con la policía que han sido recogidos por las cámaras de seguridad del concesionario. Dos tiros le dieron en las piernas, pero se enderezó y abrió fuego a través de las ventanas del local contra los coches patrullas. Logró salir por una puerta trasera y en la calle siguió disparando e hirió de gravedad a dos agentes. Al ver que no tenía escapatoria,

Tim se dirigió el arma contra sí mismo y se disparó] [13]

En el Acto Criminal se interrumpe el discurso histórico-temporal del sujeto: el concepto; irrumpe la pulsión, el ello, aquello que no ha podido ser domeñado por los dispositivos interiorizados de la norma, por la ley, la diferencia mínima entre bueno y malo desaparece, la cultura, todo aquello que no ha podido incorporarse como lenguaje, con la posibilidad de interpretar a la misma pulsión, trasladada a concepto, a palabra, en otras palabras, aquello que no es posible traducir, aquello que se desliza fuera del lenguaje y se ancla en lo real, es decir, el silencio mismo, el terreno de otra lógica, la lógica del delirio. Ahí donde la escena del mundo que nos sostenía, que subjetivizaba, se cae, y hace que el caído tenga solo una dirección, es decir, la idea, la imagen última, se convierte en destino, por eso no hay posibilidad de cambiar el destino, salvo por algo azaroso o grotesco, que suceda exactamente en el momento del acto criminal.

La singularidad de ese otro no-discurso, acota, acorrala al sujeto, lo desubjetiviza, y su origen, su posición ante la falta, lo hace mítico e intraducible, todo intento de explicación fracasa ante esa condición de singularidad, “lo hice porque mi marido no ya no me quiere”, por eso queda tan sólo el silencio, esa verdad es inconfesable porque es demasiada exacta, la muerte, el límite, lo contrario de la vida, que es la gran desconocida, “A fuerza de acumular misterios nulos y de monopolizar el sinsentido, la vida inspira más espanto que la muerte: es ella la gran desconocida”[14].

Los motivos del acto criminal no sabemos, tan sólo sabemos que algo ocurrió, que algo precipitó el pasaje al acto, sin que los gritos previos de auxilio no tuvieran respuestas, y nos precipitáramos como una piedra tirada al vacío, sin que nadie ni nada pudiera detenerlos, las escenas que se montaron sobre el discurso que sostenía, nunca tuvieron respuesta, aunque fuese con algo que lastimase, aun a costa de ser tan sólo mierda, cosa, lo que sea, “oiga doctor, mi marido no me ama, porque ya no me pega”.

Si partimos que las formas elementales de la civilidad, como las etiquetas y ordenes al comer, que constituye lo que ocurre y se acepta en las satisfacciones primeras del acto de

alimentación, así como la vivienda, etc., son el resultado de una represión que elimina lo individual e inaugura el acto comunitario; debemos también preguntarnos qué hay o qué ocurre en los reprimidos, y si hay una condición de obedecer que permite que concluya la resistencia y la lucha entre el padre de la horda primitiva y los hijos, dando paso o posibilitando la civilidad.

Previo al acto criminal, transcurre un debate interno, se montan escenas sobre las escenas, después, la caída violenta.

No podemos más que hablar de una interrogación de la vida interior del sujeto para intentar responder a su acto, y ese responder tiene que ver con el silencio del propio sujeto que se quiere hacer hablar, de su verdad inconfesable. Esa incomprendibilidad de la justificación del acto criminal se debe a la extrañeza que introduce la diferencia de un lenguaje privado en uno público –llamase cultura, civilidad, ordenes sociales, incluso, Estado de derecho.

No hay cómo sostener la escena del mundo, no hay como hacer lazo social, es el caso de una niña es abusada por su abuelo, la persona que más confiaba, se transformó en el más horrendo, la diferencia simbólica desaparece, la familiaridad se esfuma, sólo queda aquello que no es posible entender, trasladar al lenguaje, su primera traducción fracasa, es incomprensible, más cuando lo otro social es indiferente, su propia madre quien justifica al abuelo.

Pierde lo que era su mundo, y quizás en esos primeros años de vida, un mundo limitado, como limitado era su lenguaje, salía con él al parque, al zoo, lo que le sostenía la ataco.

Hay un pasaje al acto mínimo, como mínimo era su cuerpo y la motricidad de su cuerpo, hay peligro de desobjetivización, la posibilidad del retorno es producir marcos simbólicos, algo donde sostenerse, se está en un piso que se mueve; entonces, hay un llamado al otro simbólico, monta una escena y actúa, un acting out, que es un pedido desesperado al otro simbólico, se monta una escena y se actúa lo que no se puede decir: muestra escénica dirigida al otro, un pedido de socorro, una llamada al otro, una escena ahí donde el mundo desaparece, una última llamada, [el día de los hechos, le dijo a su marido antes de que éste se fuera a jugar un partido de fútbol, que se despidiera de sus hijos porque ya no los volvería a ver, después vino la caída, el padre pensó que era una broma, más tarde cuando llegó a su casa encontró a sus hijos degollados y a Ofelia herida en el cuello, quien había pretendido suicidarse][15]

La niña se orina no ante los niños sino ante los adultos, su capacidad discursiva de la palabra queda limitada, necesita recuperar lo que se perdió, la circulación de la palabra, por eso monta escenas donde hay mucha motricidad.

Ante un tremendo trauma, se revela un vacío, no hay donde sostenerse, se necesita recobrar su dimensión humana, recuperar su marco simbólico.

Situación difícil, dado su escaso recurso simbólico, sólo le queda el cuerpo, y lo hace hablar, ya que lo que es verdadero, humano, es lo que queda legitimado por el lenguaje, entonces, no le queda otra cosas que hacer hablar a su cuerpo, y albergar la esperanza de ser escuchada, de que le ayude a interpretar (comprender), aunque al final quede de lado de la locura, de la marca si significativa, o del genio creador, la marca polisémica.

Hemos hecho una estructura simbólica para poder sostener el mundo subjetivo y el objetivo, las palabras son cosas, cosas que duelen, cosas que nos alegran.

Conformémonos con el destino del animal hombre, es preferible “querer la nada a no querer” [16]:

“Una triste suerte (...), que a despecho de todos sus esfuerzos está condenado a la rueda de Ixionte, atado a la peña de Sísifo y sentenciados a la angustia de Tántalo” [17].

El recorrido nos deja:

Una naturaleza humana común y predecible, por un lado, su condición original violenta y pulsional, por otro lado, su falsa fisonomía, de una animal cultural, insertado en el lenguaje, vuelto hacia el otro social por compartir una misma ficción, cuando cae esa ficción aparece su condición violenta, aunque esto último, ha sido la perspectiva equivocada con que se ha intentado hablar de la sociabilidad del hombre, y por otro lado, y quizás sea la perspectiva más paradigmática y confusa, quizás porque no se ha acostumbrado la mirada a ver desde la nada, que es que la real sociabilidad está instalada en la falta original en que se funda el sujeto, y que esta falta tiene que ver con la nada, el encuentro con el otro se da en un imposible, eliminar al otro subyace como una condición de completud, de vida.

[1] Nietzsche F. El ocaso de los Ídolos, Barcelona, Tusquets Editores, p. 47

[2] Torres L. El suicidio de la razón...revista de Idiomas....

[3] Las raíces de esta guerra están dentro de las casas,
<http://www.jornada.unam.mx/2009/03/09/index.php?section=politica&article=008r1po1>

[4] Nietzsche F. (2000), Sobre verdad y mentira en sentido extramoral, Valencia, Editorial Diálogo, P. 58

[5] Nietzsche F. (2000), Sobre verdad y mentira en sentido extramoral, Valencia, Editorial Diálogo, P. 58

[6] Laplanche, J. y Pontalis, J. (1994), Diccionario de psicoanálisis, Bogotá, Labor, p. 205.

[7] Nietzsche, F. (2000), La genealogía de la moral, p.109.

- [8] Torres L. La culpa en Freud y Nietzsche... p.
- [9] Nietzsche, F. (1998), *Ecce homo*, p. 74.
- [10] Lacan, Jacques (1995). Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. P110, Buenos Aires: Paidós.
- [11] Cioran, E.M. (2001), *Adiós a la filosofía y otros textos*, salamanca, Alianza Editorial, p. 17
- [12] Muere niña degollada por su madre,
http://gobernantes.com/Interiores/estatales/esta0103_16.htm
- [13] <http://www.elpais.com/articulo/internacional/Va/pasar/algo/gordo/Estoy/harto/vida/todos> y
<http://www.elmundo.es/elmundo/2009/03/12/internacional/1236860171.htm1>
- [14] Cioran, E.M. (2001), *Adiós a la filosofía y otros textos*, salamanca, Alianza Editorial, p. 17
- [15] Muere niña degollada por su madre,
http://gobernantes.com/Interiores/estatales/esta0103_16.htm
- [16] Nietzsche, F. (2000) *La genealogía de la moral*, Madrid, Alianza Editorial, P.
- [17] Herder, J. G. (1959), *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*, Buenos Aires, Editorial Losada, p. 488.